

Munir Hachemi
EL ÁRBOL VIENE

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2023
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez

© Munir Hachemi, 2023
Casanovas & Lynch Literary Agency, S. L.
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-75-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-74-2023
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Un golpe con la cabeza baja, el mentón pegado al pecho, y gritaban:

–¡Nunca voy a mostrar la lengua! Golpe.

[...]

–¡Si se grita no se ve la boca! Golpe.

[...]

–¡La frase final! –aulló el secretario.

–¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada! ¡Boca cerrada!

–contestaron los tres.

Plop, RAFAEL PINEDO

Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice hlör u fang axaxaxas mlö o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció.

Tlön, Uqbar, Orbis Tertius, JORGE LUIS BORGES

FATHER: *Her traumatic stress is treatable. You shouldn't tamper with the natural process. It's like that old saying on Earth, Mother: «let nature run its course».*

MOTHER: *Nature has no course.*

Raised by Wolves

Como era en los primeros años, y como las palabras significaban, para ellos, tantas cosas a la vez, no estoy seguro de que lo que el indio dijo haya sido exactamente eso, y todo lo que creo saber de ellos me viene de indicios inciertos, de recuerdos dudosos, de interpretaciones, así que, en cierto sentido, también mi relato puede significar muchas cosas a la vez, sin que ninguna, viniendo de fuentes tan poco claras, sea necesariamente cierta.

El entenado, JUAN JOSÉ SAER

El futuro ya fue.

El árbol de Saussure. Una utopía,

HÉCTOR LIBERTELLA

I
EL ARQUEÓLOGO

*Diario de la segunda visita del Dr. Cordovero a los mulai
Circa año 189¹*

El futuro ya fue = el árbol ya vino. El árbol ya vino. El futuro ya fue. La Futuro ya fue. Qué raro juego de palabras (todas las palabras son un juego de palabras). Desierto, el desierto. Una vez intenté enseñarle castellano a Idri. Me escuchaba atenta. Idri, mi Idri, ¿dónde estás? No en el desierto, el desierto lo borra todo, el desierto es un verbo, el verbo borrar. «Ay, qué tonto –dijo, entre risas–, si eso es nuestra lengua, ¡es mulai!» Tenía razón. Aunque entonces creí que se equivocaba, no sé por qué. Ay, qué tonto.

Desierto, despierto, desertor, estertor, incierto, encierro. En desierto de los sonidos sopla un viento... Las palabras, polvo que se reúne para formar un sonido, una letra. Idri, digo Faida, ¿dónde estás? Si el desierto sólo borra, siempre piso tus huellas, lluevo sobre mojado. El gaoshar una vez dijo: «Mujer, arquera, te necesito». ¿Dónde he oído eso antes? Fue ahora, mañana, en el desierto. Fluke, digo Faida, ¿estás ahí? ¿Me esperáis? ¿Mu, Sheipa? El gaoshar utilizaba para sus relatos palabras del desierto, del futuro, que ya fue. Faida, Faida, digo Faida: te necesito.

¹ Después del fin de la llegada de los containers (en adelante «d. C.»).

Año o d. C.

Esta historia comienza cuando los mulai dejan de recibir los cajones de suministros, en una época en que no conocen la radiación ionizante ni han inventado aún la travesía.

En aquel momento, Fluke la Procuradora no reaccionó con horror ni con desesperación. Tomó la silla del scriptorium y la plantó en la gran plaza central. Se sentó a esperar a que hubiera un número importante de personas a su alrededor. Entonces dijo:

–Es hora de que reconozcamos que no van a llegar más.

Nadie habló. Alguien podría haber conjeturado que se trataba de un retraso en la entrega, pero ¿de quién?

–Propongo que comencemos a buscar otras formas de supervivencia.

No dijo eso. Dijo «debemos». En aquel entonces sólo había dos motivos para abandonar el domo: ir a recoger los suministros de los containers era uno de ellos.

² Nota de los editores: este libro está conformado por fragmentos del informe que Nahum Cordovero escribió, historias que inventó o tradujo, reflexiones, algunos cuentos, una entrevista, una nana... En definitiva: el libro es obra del doctor Cordovero, también la ordenación en capítulos, la ficción y las sustracciones. Todas las ediciones que se han publicado hasta el momento son idénticas a ésta y comprenden desde el segundo capítulo hasta el penúltimo. En esta nueva edición, sin embargo, nos permitimos añadir dos fragmentos que se han recuperado hace poco del diario de la segunda visita del doctor a los mulai. Ahora que ya no está, no podemos pedir su consentimiento, pero estamos seguros de que le habría parecido bien.

–Activemos los domillos.

O «activaremos».

Nadie respondió.

–Trataremos de cultivar nuestros alimentos en el suelo.

Entonces sí comenzó a crecer un murmullo entre la concurrencia.

–Criaremos culebras, lobos y alacranes.

El murmullo se hizo cada vez más fuerte. Como era costumbre.

–Exploraremos el templo en busca de recursos.

Por aquel entonces le decían *el templo* a modo de broma. O tal vez ya hubieran olvidado que era una broma.

Alguien habló:

–¿Cómo haríamos algo tal que eso, Fluke? ¿Acaso sabes cómo se multiplican los animales? ¿Sabes siquiera si lo hacen? Y lo más importante: ¿planeas marchar sola?

Otra añadió:

–Ir al templo e incumplir las instrucciones es peligroso. Acceder para cualquier cosa otra que recibir la fecundación es cruzar las instrucciones.

Fluke respondió:

–Nadie lo ha intentado. He revisado el scriptorium. Nadie lo ha intentado.

La mayor parte del grupo se retiró a deliberar. Algunos no mostraron tanto interés y se recluyeron en las habitaciones oscuras; estaban en sif y hacía calor. Un niño se acercó a Fluke y le pidió que le cediera el asiento. Quería escribir. Ella se lo alargó y se cruzó de piernas en el suelo. Apoyó el peso en las palmas de las manos y se inclinó hacia atrás.

Al rato la multitud se reunió de nuevo. Alguien dijo:

–Las puertas del domo sólo se abren en una dirección.

Los demás repitieron la frase como si rezaran.

«Las puertas del domo sólo se abren en una dirección.»

Una vez más: «Las puertas del domo sólo se abren en una dirección».

–Conoces las instrucciones.

Las instrucciones eran: no salir más que en los supuestos permitidos, no comer nada del exterior, ir en un número de personas múltiplo de tres y nunca menor que nueve –salvo para el rito de la reproducción–, llevar un hisopo de vidrio lleno de agua limpia que debía volver intacto, no entrar en los domillos. Nadie recordaba dónde habían encontrado esas instrucciones. Tal vez aún anduvieran por algún rincón del scriptorium. No se molestaban en comprobarlo.

Fluke no cumplía ninguno de los requisitos.

–Eres libre de marcharte.

(Probablemente eso ni siquiera tuvieron que aclararlo.)

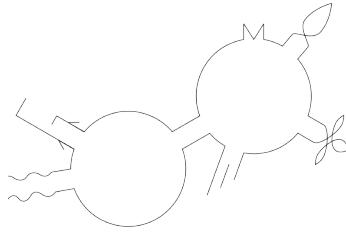
Fluke sabía que no iba a servir de nada, pero alegó que quedarse en el domo también sería peligroso. Aquella noche la pasó con su trinomio. Como las tres eran mujeres, follaron al aire libre en la agradable noche de sif y charlaron durante horas. Algunos se alejaron de ellas; a otros no les molestaron las voces ni los gemidos. En algún momento el niño que le había pedido la silla a Fluke se les acercó y dijo que había terminado, que la quería de vuelta. Fluke miró hacia el scriptorium y pensó en las innumerables horas que había pasado allí revisando textos y tomando notas. Besó al crío y le dijo que no hacía falta.

Luhén, una de las compañeras de trinomio de Fluke, le regaló una pequeña talla del domo. Raura, la otra, le preparó un bastón de viaje con un buen agarre y terminado en punta, por si necesitaba defenderse. No trató de convencerlas para que la acompañaran.

Al amanecer, Luhén le propuso que aprovechara para escribir por primera vez sola en algún lugar apartado.

–Te marchas de todos modos.

Decidió probarlo. Se levantó y tomó papel y lápiz del scriptorium. Nadie la miró: era como si ya se hubiera ido. Se acuclilló a la sombra de una de las cámaras oscuras y se preguntó qué podía escribir. Ella, que había escrito tanto, decenas y decenas de palabras. Pero no se le ocurría nada. Era incapaz de hacerlo si no sentía a los demás pasando por su lado, si no le llegaba el rumor de las conversaciones, si nadie la interrumpía. Finalmente ensayó una palabra rara:



Era algo que había leído en el templo, escrito en arcaico, durante su primer y único viaje de fecundación. *Mulai* o «el árbol viene».

Devolvió el papel y el lápiz al scriptorium. Pensó en llevárselos y luego que mejor no, que para qué.

Dos horas después se marchó. Nadie fue a despedirla.